

Dossier

El oficio de escribir

Escribir como impulso vital. Escribir como si se estuviera respondiendo a una llamada que no se sabe bien de dónde proviene. Escribir como poder y resistencia. Escribir como disciplina. Escribir como defensa de lo humano. Escribir como ejercicio de apropiación y desprendimiento. Escribir para asir y extender la memoria. Escribir para existir y hacer existir. Escribir para celebrar. Escribir para perdurar. Escribir para entender y transformar la realidad. Instalarse en la escritura... No parar de escribir...

El séptimo número de *Pie de página* celebra en su dossier creativo al ineludible oficio de la escritura con una muestra narrativa forjada por esforzados cultivadores de la palabra y la imaginación. Aníbal Castillo, Liliana Miraglia, José Luis Tapia, Julissa Vera y Livina Santos —estudiantes de la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad de las Artes—, junto con Johnny Jara Jaramillo y Diego Alberto Martínez han echado mano de la realidad para crear a partir —o a pesar— de ella.

Ahora el trabajo es nuestro, lectores. ¡A disfrutar!

Camila Corral, editora PdP7



El capitán Borbor

Johnny Jara Jaramillo

Era una mañana de verano. Los pájaros estaban en silencio, un inusual silencio, y los hombres, entregados a sus diferentes faenas, se bañaban en la santidad de la fatiga. Todo trabajaba en su destino: los árboles, los planetas, los escuadros. Todo menos el personaje de esta historia.

Don Borbor, el capitán más viejo del pueblo, estaba tumbado en el camino polvoriento que llevaba al pequeño caserío de pescadores, con sus ropas desgarradas. Su labio inferior pendía como un cable; sus dientes no estaban enjuagados y el polvo se mezclaba con su saliva, creando una pasta arcillosa. Abotargado por un pesado sopor, aplastado contra la cuneta, su cuerpo hacía esfuerzos inútiles por levantarse. Sus fuerzas le habían abandonado y yacía allí, débil como una lombriz de tierra, frente a los impasibles yerbajos que crecían junto al polvoriento camino; sus piernas de músculos distendidos barrían el suelo como dos mástiles ciegos. Sus narices sangraban; al caer, su rostro había chocado contra una piedra... ¡Estaba borracho! ¡Borracho como un chinche que había ingerido durante la noche galones de sangre! El gran capitán, el héroe de los niños, aquel que hacía suspirar a las viudas y era la envidia de los más astutos marineros, yacía tumbado de bruces sobre una cuneta puerca. El que durante un día entero luchó con ese pez espada formidable y le ganó; el que venció a la tempestad más grande que se ha visto en estos lares, de la

112 que los mayores hablaban con terror más que con respeto y contaban a los jóvenes de aquel día cuando la inmensa tormenta había empujado verticalmente su barco hasta el fondo del mar y que de la tripulación no quedó más que él; y, sin embargo, extenuado por las fatigas y las privaciones de toda clase, paseando por el océano su descarnado cuerpo, sobrevivió y fue rescatado tres días después por un grupo de pescadores. Él, el gran capitán Borbor, sucumbió ante la marea alta de una botella. No pudo llegar a la gloria de una muerte digna de un intrépido marinero. No. Ahora soñaba que penetraba a un cerdo blanco, por detrás, y que no era fácil salir de él; soñaba que remojaba sus escasos cabellos en los pantanos más fangosos, pantanos que despedían un olor parecido al de la entropierna de una mujer obesa. Podía decirse que no pertenecía ya a la humanidad, que había renunciado a su condición de hombre para abandonarse a ese aplastamiento espantoso contra el vientre del fango; la marea pasó, sin que él lo notara, dos veces sobre aquella mezcla irreductible de materia muerta y carne viva. Pero esa degradación no era, probablemente, sino un castigo. ¿Pero de qué? Era la pregunta de hombres, mujeres, niños y ancianos del puerto. Solo él lo sabía. Sabía que en el fondo tanta fortaleza y tanta osadía no eran más que fuegos artificiales que escondían la verdadera esencia de su ser. Cuando se llevaba la botella a sus labios pensaba que los hombres no son sino caricaturas de algo más bello y que no comprendían que el todopoderoso, en un raro momento de buen humor, había tomado en serio el rebuzno de sus almas. Creía que el cerdo era más noble que los hombres. ¡Había llegado por fin el momento en que fuese un cerdo! Probaba, borracho, sus dientes en la corteza de las acacias; contemplaba su jeta con delicia. No quedaba ni la más mínima partícula de divinidad en ese hombre y superaba,

con creces, las grandes leyes generales de lo grotesco. Su conciencia no le hacía el menor reproche. Cuando bebía, por días y noches enteras, comenzaba a luchar contra sus nuevos semejantes y amanecía con una costra de sangre coagulada, como una protuberancia negruzca en su frente. Pero seguía siendo el más fuerte y triunfaba siempre. Los animales terrestres se alejaban de él y se quedaba solo en medio de su resplandeciente grandeza. Las leyes humanas le perseguían con venganza, aunque no atacara él a la raza que había abandonado tan tranquilamente. A veces mendigaba unas migajas o se disputaba con los perros y los gallinazos algún desperdicio. Era el dios de su infierno. Hasta que se le apareció el diablo.

Se levantó, entonces, en medio de esfuerzos sobrenaturales para proseguir su camino, cuando sintió que volvía a ser hombre. La infernal providencia le hizo comprender así, de una manera que no es explicable, que no quería que se realizasen sus sublimes proyectos de ser parte de la pira, ni aun en sueños.

Volver a su naturaleza primitiva constituyó para él un dolor tan grande que una noche todo el pueblo le escuchó llorar. Lloró tan fuerte que los perros dejaron de aullar, las lechuzas abandonaron la aldea para siempre y las langostas, miles de langostas, reptaron por la playa inundando las calles del pequeño puerto.

Entonces, el capitán Borbor se despertó de un salto, las sábanas estaban mojadas, como si hubiesen sido sumergidas en agua; buscó desesperadamente a su esposa, quería contarle aquel espantoso sueño, pero ella había salido temprano, llevada por la novedad de que miles de langostas habían inundado las calles del pequeño puerto.